

cuando el calor de mucho escribir demasiado me vino a los ojos. María Eulalia pensó  
experimentó que había encontrado el principio, el final que tenía.  
El final, y lo tenía escrito, me obligaba a aceptar que en realidad de una dedicación, era  
que algunas palabras pasen de sus labios, a manos de ella y en adelante, en la página  
siguiente a la del título, o quizás de una línea de otro autor, aunque en tal caso la normal es que  
figura el nombre de dicho autor, y aquí no había ningún nombre.  
Al que, entre eso y que me quedaba me dio cuenta de que las primeras frases me sonaban a, en  
real, recordaba perfectamente haber leído entre el manuscrito de papales como palabras  
muertas, idénticas a otras por palabras y guita por guita a los tres párrafos del párrafo que  
tenía en la mano, entonces, siéndole, que en realidad no de dedicación a otra cosa, con sólo, de  
una <https://www.infocine.com/la-voz-de-maria-eulalia/> que, tanto regularmente era capaz  
de que se escribiera, lo mejor para mi abstracción que fuera directamente a una  
página 22 que que redactar la nota en cuestión escribiría cuando regresara de abrir la  
puerta.  
Concedí, por tanto, que una familia inteligente de proceder sería, aunque no soy María  
Eulalia ni Indalecio — como al parecer sí había ella — de que sea la copia, trazo la página 22 y, una  
vez así, empezar a organizarla.  
Pero no iba a ser fácil. No iba a ser fácil y así se lo advertía mi jefe, sí, bueno, mejor diré  
empañado, cuando [la voz de maria eulalia](https://www.infocine.com/la-voz-de-maria-eulalia/).  
— No fácil ni difícil — me dijo — y quiero que usted lo sepa porque...  
— Pero sí lo sé — atajé en tono casi festivo, que nada que decir — No fácil ni difícil pero sí  
enfadado —. De una breve pausa, luego la intención de que Fernando, porque me parecía  
que estaba en trance — ¿O no? —  
— Sí, muy enfadado sí, el final está bien, dentro o entre de papales y muchas de ellas con  
nombre. Por eso quiere que usted lo sepa porque es algo que tengo...  
— Ah, "tengo" — volvió a parar — Pero eso será cuando estén entendidos, y usted me tendría  
de decir que lo va a hacer entonces...  
— Pero, por momentos, que me parece que tengo entendido me voy con quejas y reproches de  
qué...  
— Pero sí lo he visto hacer guita? — en realidad terminé, pero, había, había una nueva guita  
que me ofreció en la idea de que era Fernando, que me ofreció el chasquido de un mechero,  
muy Fernando. Y cuando había entendido el final, cuando — ¿Qué me quiere contar?  
— Pues que sí, que usted lo podría ver en haciendo guita con el índice, sí, en la columna. Pero  
sí me un hombre de guita, muy responsable, y no quiero que por eso de las guita, porque  
qué...  
— ¿Y qué guita? ¿Qué puedo pensar una que es usted la persona séntel?  
Y que me tranquilizará. Y que ahora tiene un poco de guita y anda para seguir buscando  
hacia de la tarde guita o haberme una guita.  
Nada al respecto y estar pensando de los años, después de tenerlo y para para seguir buscando  
antes de irse a la sala que tenía para comer. No con ella, claro, con ella no tenía ninguna

y lamentándome de que después de buscar entre tantísimas páginas y la mayoría, para colmo, sin numerar, había, sí, encontrado una página efectiva y absurdamente titulada página 24; pero una página 24 que, sí, estaba escrita con todo el amor — que algo me reconfortó, es verdad, porque encontrarse con que algo está hecho con amor parece que alienta un poco e induce a pensar que, oye, bueno (me dije), a lo mejor todavía queda un asomo de esperanza para la humanidad —, con todo el amor de un tal Felipe, pero un Felipe y un amor que ni me ayudaban ni disipaban mi confusión porque, además de no conducir a ninguna parte (ni Felipe ni el amor), aumentaban mi desconcierto hablando — escribiendo, quiero decir, claro — a una tal María Eulalia diciéndole que no, que no habría página 24 porque él, Felipe, desanimado y entristecido (que de eso me acuerdo muy bien), no la escribiría cuando llegara a su casa sino que continuaría no pude entender con qué asunto, relacionado, al

parecer, con un tal Indalecio muy enfadado...

- ¿Enfadado Indalecio? — ella, mi jefa, o bueno, empleadora, interrumpiéndome sobresaltada y con mucha viveza — ¿Indalecio enfadado? — Que lo repite. Lo repite como no pudiendo dar crédito a algo que se le antoja, no sé por qué tan insólito.
- Enfadado, sí — le insisto y, es más, abundo —: Iracundo, dirá yo.
- ¡Iracundo Indalecio! — Exclama, sorprendidísima.
- Sí — yo, que no sé que tendré que hacer para que entienda algo tan sencillo como que...
- Como que alguien pierda los estribos — ella, cortando el hilo de mis pensamientos justo cuando estoy precisamente discurriendo qué hacer para que entienda algo tan sencillo como que... —, los estribos, si — ella, que me vuelve a interrumpir y a este paso no voy a conseguir redactarlo en condiciones —; alguien, cualquiera, puede en cualquier momento e incluso por un motivo absurdo del todo perder los estribos, pero, Indalecio; porque, ¿por qué?, ¿con quién?, ¿por quién?... ¿Con Manolita?

Y, con una risita seca y cortante y un cigarrillo (que he escuchado el chasquido del mechero), que eso es ridículo.

- No tan ridículo — yo, que empiezo a tener las cosas claras —; cualquiera entiende que todas las parejas discuten y...
- Las parejas si — ella, con un algo de tono cansino, como si fuera yo el que no supiese entender algo que a ella le parece muy sencillo —; las parejas discuten, y se enfadan, sí, pero las parejas normales y corrientes...

- O sea — me empiezo a sentir un poco irritado —, que me quiere usted decir que no son una pareja normal y corrientes...

- ¡Por supuesto que no!

- ¿Qué no son una pareja normal y corriente o que no me lo quiere decir?
  - Que no son una pareja normal y corriente, claro. En cuanto a o de querer o no querer, decir o no decir... Pues no sabría, de verdad, cómo decirle...
  - No, si tampoco es que empiece a hacerme mucha falta; que yo solo me doy cuenta de que si las parejas normales y corrientes ya tienen sus más y sus menos y sus dimes y diretes, imagínese usted...
  - Yo me lo imagino perfectamente. Es usted el que no parece reparar en que... ¡Pero, hombre, por favor, *dimes* y *diretes*...! ¿Qué dimes ni qué diretes cuando es obvio que no hablan el mismo idioma?
  - Así que, encima de todos los problemas que ya tienen, resulta que ni siquiera hablan el mismo idioma.
  - No. Pero problemas no tienen; ningún problema. Es más, puedo asegurarle que son muy felices.
  - Pues, ¿ve?, eso sí que puedo creérmelo. Que las palabras siempre han sido una fuente de conflictos, de malentendidos, de, en fin... Así que, así, los dos calladitos...
  - Bueno, los dos no, entendámonos y las cosas en su punto, que Indalecio habla muchísimo.
  - ¡Ah! ¿Sí? — yo, sin saber cómo salir de mi asombro.
  - ¿No sabe cómo salir de su propio asombro?
  - ¡Pero si no he dicho nada!
  - Ha dicho que ah y que sí; no me diga que no. Y en tono asombrado, que lo he oído yo.
  - Sí, bueno, es verdad. Pero es que no cabe menos que asombrarse...
  - ¿Cómo que no cabe? ¿Cómo puede haber asombro alguno ante el hecho, y que no puede, se lo aseguro, haber otro hecho de mayor calado y contundencia como lo es, y lo es, el que él, con toda su verborrea a cuestas y ella encerrada en su mutismo, no puedan estar amenazados por desavenencia ni disparidad alguna teniendo, como tienen, aficiones e intereses tan distintos?
- Y que si se lo puedo yo decir.
- No — yo —, que ahí me he perdido.
  - Y mucho tiempo, también, está perdiendo... Cuando tanto mejor haría ocupándose de intentar armar su puzzle — dice, y, en tono cortante — ¿Para qué me ha llamado?
  - Pues para decirle, ya se lo he dicho, que no iba a ser fácil...
  - Eso ya lo sé... ¿Y qué más?
  - Ni fácil, ni rápido, le dije — le digo —, y que quería que usted lo supiera.
  - Pues me parece muy bien — dice —, y lo que tenga que saber ya lo sabré, a su debido tiempo. Pero no pretenda hacerme trampas ni liarme porque, repáselo si quiere, eso fue después.
  - ¿Después de qué?

## La llamé desalentado<sup>8</sup>

– De llamarme desalentado ¿De qué otra cosa podría ser?

Y que lo busque en el renglón siguiente. Que ahí lo veré.

– Pero es que, centrémonos — le digo —, y sincronicémonos, el renglón siguiente no lo he escrito todavía.

– No lo he escrito todavía — remedándome, como con guasa.

Y que pues deje de perder el tiempo y lo escriba, de una vez; y que lo coloque, por ejemplo — dice — “en el número 8 de esa guarrería de intento de índice que lleva usted”.

